

SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Día 3: *Sábado, 20 de enero*

¿Quién es mi prójimo? (Lc 10,29)

Señor, abre nuestros corazones a quienes no somos capaces de ver

Romanos 13,8-10

Si con alguno tenéis deudas, que sean de amor, pues quien ama al prójimo ha cumplido la ley. Porque el *no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás* y cualquier otro posible mandamiento se resume en estas palabras: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. El que ama no hace daño al prójimo; o sea, que el amor constituye la plenitud de la ley. Palabra de Dios.

Salmo 119,57-63

El Señor es mi heredad,
he prometido guardar tus palabras.
Te imploro de todo corazón,
apiádate de mí según tu promesa.
He reflexionado sobre mi conducta,
me comporto según tus mandatos.
Sin demorarme me he apresurado
a respetar tus mandamientos.
Las redes de los malvados me cercaban,
pero yo no he olvidado tu ley.
Me levanto en mitad de la noche
para alabarte por tus justos decretos.
Soy amigo de cuantos te veneran,
de los que respetan tus preceptos.

Reflexión

El maestro de la ley quería autojustificarse con la esperanza de que el prójimo al que debía amar fuese alguien de su propio pueblo y de su misma fe. Este es un instinto humano natural. Cuando invitamos a las personas a nuestros hogares, a menudo son personas que comparten nuestro estatus social, nuestra visión de la vida y nuestros valores.

Hay un instinto humano de preferir lugares familiares. Lo mismo puede decirse de nuestras comunidades eclesiales. Pero Jesús lleva al maestro de la ley, y a aquellos que lo oían, a profundizar en su propia tradición al recordarles la obligación de acoger y amar a todos, independientemente de su religión, cultura o condición social.

El evangelio enseña que amar a los que son como nosotros no es extraordinario. Jesús nos conduce hacia una visión radical de lo que significa ser humano. La parábola ilustra de una manera muy visible lo que Cristo espera de nosotros: abrir nuestros corazones y caminar en su camino, amando a los demás como él nos ama. De hecho, Jesús responde al maestro de la ley con otra pregunta: no es «¿quién es mi prójimo?», sino, «¿quién demostró ser prójimo del hombre necesitado?».

Nuestros tiempos de inseguridad y miedo nos confrontan con una realidad donde la desconfianza y la incertidumbre pasan a primer plano en las relaciones. Este es el desafío de la parábola de hoy: ¿para quién soy prójimo?

Oración de los fieles

Elevemos nuestra oración a Dios, nuestro Padre, fuente de toda gracia.

— Para que todos y cada uno de los miembros de la Iglesia estemos abiertos a la Palabra de Dios y nos dejemos guiar por ella en nuestras relaciones y diálogos en el camino de la unidad. Roguemos al Señor.

— Para que, desde el convencimiento de que la Iglesia es una, todas las comunidades cristianas se impliquen con ahínco y sinceridad en la vocación ecuménica y la necesidad de descubrir la riqueza de las otras Iglesias para avanzar juntos hacia la unidad. Roguemos al Señor.

— Para que en el mundo crezca la paz, la libertad y la solidaridad, que solo Cristo puede dar. Roguemos al Señor.

— Para que los cristianos aprendamos a acogernos unos a otros en Cristo en nuestras diferencias, y así podamos trabajar por una diversidad reconciliada entre nuestras Iglesias y comunidades eclesiales. Roguemos al Señor.

— Para que los que celebramos esta eucaristía nos esforcemos cada vez más por proteger y cuidar a los miembros más débiles del cuerpo de Cristo, especialmente a los niños, jóvenes, ancianos, enfermos, marginados, inmigrantes y pobres. Roguemos al Señor.

Dios, Padre misericordioso: tu Hijo oró por su Iglesia en la última cena para que fuésemos uno como vosotros sois uno; concédenos el don de la unidad para que el mundo crea. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración

Dios de amor,
que inscribes el amor en nuestros corazones,
infunde en nosotros el valor de mirar más allá de nosotros mismos y ver al
prójimo en los que son diferentes a nosotros,
para que podamos seguir verdaderamente a Jesucristo, nuestro hermano y
nuestro amigo,
que es Señor, por los siglos de los siglos. Amén.